

TU LOCA JUVENTUD



Y
crema dental
EL TORERO!!



*dientes más blancos
enciás más sonrosadas

con la garantía de ORIVE, S.A.

W STA lejano el tiempo —a pesar de los pocos años transcurridos— en que comentando el padre Cronin la Encíclica *Pacem in Terris*, de Juan XXIII, en una revista católica americana, algunos lectores le tacharon de comunista. Hoy se ha superado, en la mayoría de los países, esta postura temerosa y escandalizada de muchos católicos ante cualquier avance y cambio, sea de la ciencia, de la política, de la economía, de la sociología o de la cultura.

El mundo católico se va haciendo cada vez más izquierdista.

II ACE poco el profesor Jiménez de Parga decía que son de derechas los que, en una sociedad determinada, quieren conservar —más o menos rígidamente— cuanto sea posible; y son de izquierdas todos los que tienden a la transformación y cambio más o menos moderadamente.

Los católicos conciliares —y conciliares debíamos ser todos— son los que se fijan preferentemente en el cambio que la Iglesia requiere; y por eso resultan ser izquierdistas. Los que se resisten a él, en su integritismo religioso, son de derechas; y, generalmente, por causa de su alergia a cualquier mutación, resultan más bien de extrema-derecha.

Esta categoría de izquierda-derecha, o de avance-retroceso, o de mutación-conservación, se puede aplicar, como vemos, no sólo a las sociedades políticas, sino a cualquier actividad humana de repercusión social: religión, investigación científica, educación; en una palabra, a la cultura en sus diferentes aspectos.

Incluso se aplica —y esto es lo que hoy me interesa subrayar— a lo que se ha llamado —con mayor o menor precisión— *Doctrina social de la Iglesia*, y quisiera aquí tratar de ello.

III E dicho alguna vez que el Evangelio tiene su política; no la de partidos ciertamente (Cristo no se metió a dictaminar sobre ninguno de los grupos políticos de su época); sino la que debe servir de base a una reforma más justa de toda sociedad, y en todos sus planos —económico, social, cívico y cultural—. Nuestra meta no es que puedan acaparar los más listos, o los más fuertes, cuanto más puedan; sino «la reconstrucción de un mundo nuevo según la justicia y el amor... por medio de la obra gigantesca de la reforma de la vida social, económica e internacional» (Pío XII). Porque de lo que se trata es de una «reorganización total del mundo, y de una renovación profunda» (Pío XII).

Esta política de base, en el más amplio sentido de la palabra, o estos principios orientadores, tienen distintos aspectos y formulación según los tiempos. Juan XXIII —y el Concilio lo repite— tuvo la genial idea de hablarnos del deber que tenemos los católicos de auscultar los signos de cada época. Y la nuestra los tiene indudablemente.

Por eso la política básica que la Iglesia predica —el ordenamiento de fondo de la sociedad que se presta a diversas aplicaciones— no puede ser hoy igual que ayer. No solamente no nos sirve ya Santo Tomás de fundamento para una auténtica reforma político-social, sino que los católicos Balmes o Donoso Cortés —productos típicos del siglo XIX— ya no nos dicen absolutamente nada; aunque algunos se empeñen en resucitarlos.

Yo diría más: ni León XIII nos dice ya mucho, con sus ingenuos consejos de fomentar el minifundio agrícola o industrial. Setenta y cinco años, desde que publicó la encíclica *Rerum Novarum*, son ya muchos años, al ritmo que va el mundo.

Lo mismo que hoy —en la complejidad de la socialización creciente de toda la sociedad— suena a ingenio utopismo antieconómico, y en el fondo antisocial, decir que «los socialistas tienen como punto capital de sus doctrinas la abolición de la propiedad; (y) en cambio la doctrina social católica tiene como meta de sus aspiraciones la mayor difusión posible de la propiedad privada». Como también es inocente asegurar que «la generalización de la pequeña propiedad de los que trabajan es una importante reivindicación de la doctrina social de la Iglesia».

Lo que sí es verdad es aquello que dice uno de los más inteligentes sociólogos católicos, el padre Bigo, S. J.: «Lo mismo en régimen capitalista, que en régimen colectivista, se esboza una evolución que tiende a reforzar una cierta propiedad privada de primer rango». O sea que lo que se extiende hoy —sea cual sea la organización de la propiedad— es el derecho efectivo a cubrir las necesidades legítimas que nuestra moderna civilización ha descubierto y desarrollado; y que están ligadas al bienestar de la familia —a su amplio espacio vital—, y al trabajo del hombre con las condiciones exigidas por la dignidad humana. Toda otra propiedad —la de segundo rango— «está cada vez más sometida a un orden colectivo»; y no se puede ya pretender atomizarla ineficazmente para que no pueda ser llevada a un desarrollo económico amplio.

Es cierto, por otro lado, que el poder económico ya no puede ni debe estar concentrado en manos de unos pocos individuos, como ocurre en la mayoría de los países capitalistas. Fenómeno que se produce desgraciada-

mente con notable desprecio del bienestar común, y de la función social que es inherente a toda propiedad de los bienes de consumo o de producción.

La doctrina social de la Iglesia —concretándonos ahora a las zonas del mundo occidental que es el que conocemos mejor— no puede desarrollar esa carrera egoísta de competencia por ganar cada vez más aplastando a los demás, que es la característica de nuestro mundo capitalista liberal. No podemos —como católicos— fomentar lo que confesaba ingenuamente un patrono francés: «en el mundo industrial la lucha es múltiple..., y una debilidad, una dejación, un abandono no se perdonan jamás». La ley de la jungla no puede ser la base de la sociedad justa que propugne un católico. Aunque esta ley se edulcore tanto como ingenuamente quiso León XIII en el siglo pasado.

La emulación y el estímulo por perfeccionar nuestro trabajo, y por alcanzar todos (no sólo unos pocos individuos, o unos pocos países) un bienestar humano mayor, no es organizarlo todo sobre la única base del mayor provecho de quien más poder tiene; si bien sea esto lo que prácticamente ocurre en la mayoría de los países que están dentro del ámbito de la sedicente civilización cristiana.

SI en sociología vamos cada vez a una mayor y más inteligente socialización, en otros terrenos también se van configurando posturas que podíamos llamar de izquierdas. Y de ellas los católicos no podemos estar ausentes; ni mucho menos estigmatizarlas sistemáticamente, como hacíamos en otros tiempos, viendo sólo sus aspectos negativos. Tenemos que favorecer los auténticos «signos de los tiempos»; y no ir ya más a remolque de ellos, teniéndolos que aceptar al final siempre a regañadientes, porque no nos queda más remedio. El católico no puede ser un obstáculo para cualquier progreso, sino su más decidido propulsor. No tenemos que combatir los modernos hallazgos de la época, sino emprender la positiva y progresiva tarea de «humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad» (Constitución conciliar sobre Iglesia y mundo). «La Iglesia reconoce cuanto hay de bueno en el actual dinamismo social: sobre todo..., el proceso de una sana socialización civil y económica» (idem).

Se dice, por otro lado, que un católico sólo puede pretender una lenta y tímida evolución social. Pero el Concilio habla, sin reticencia alguna, de aceptar los «cambios acelerados» de nuestra época. ¿Podemos entonces permanecer todavía en esa lenta y conformista transformación de la sociedad, hacia una igualdad mayor —por ejemplo—, que nunca llega a ser bastante radical, y que, por tanto, siempre es esencialmente injusta?

Se afirma —y desgraciadamente con demasiada razón— que el católico quiere la reforma de las mentes y no de las estructuras. No es ésta la idea de los Papas: ningún factor debe ser olvidado —según ellos— en esta amplia renovación. Lo mismo sean las estructuras de la sociedad, que la mente de los hombres. No se puede hipócritamente condicionar el advenimiento de la justicia a la imposible conversión de todos los hombres a la bondad y al amor. Concluamos con el padre Calvez, S. J., que «las reformas parciales o superficiales no pueden bastar, pues deben afectar a toda la estructura de la sociedad».

L padre Tucci, S. J., en la revista de los jesuitas *Razón y Fe*, nos brinda un excelente comentario sobre «El cristiano en la vida política». Y en él dice que, según el Concilio, la Iglesia no tiene sobre la sociedad civil ni poder directo (como creyó Bonifacio VIII equivocadamente) ni poder indirecto (como afirmó S. Roberto Belarmino, confundiendo el juicio de la mayoría de los teólogos hasta hoy). La Iglesia sólo tiene «poder de enseñanza», incluso en lo que se refiere a lo político. Los tiempos del intervencionismo en lo temporal, o de la coerción y el privilegio, han pasado. La como idad política lo único que debe hacer es: no combatir a la Iglesia ni obstaculizar la acción apostólica, evangelizadora y caritativa; y debe autorizarla a todo grupo cultural o religioso, que sea socialmente sano y que no propugne aberración alguna contraria al derecho natural, que es el terreno propio de todo hombre que se guía por su sola razón. Esta es la base de la convivencia humana, que es lo que debe fomentar el poder político.

«La Iglesia para cumplir su misión sólo usará los medios del Evangelio —dice este jesuita— ... y renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos, cuando conste que su uso puede empañar la sinceridad de su testimonio». «La Iglesia está pronta —en teoría desde luego; pero habría que preguntarse si de hecho lo está realmente— a renunciar a ciertos privilegios que, en virtud del pasado, retiene en muchos países del Occidente católico; o a sustituir viejas estructuras jurídicas con nuevas estructuras más adaptadas a las circunstancias nuevas, si ello fuese reclamado por la pureza de su testimonio, o pudiese ayudar a convencer a otros de su desinterés, o de su deseo de servir y no de dominar». Los tres ataques que recibe la Iglesia de excesivo interés económico en sus cuadros eclesiásticos, o de confusión político-religiosa o de afán de dominio, son razón suficiente para que ella abandone todo legítimo derecho, que pueda servir de confusión.

CATOLICOS DE IZQUIERDA

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

En menos palabras no se puede dar mejor programa de auténtica «liberalización» de los excesivos poderes que la Iglesia ha sustentado muchas veces hasta ahora. Y esta sana «secularización» la queremos cada vez mayor número de personas.

La Iglesia... muestra una particular preferencia por el régimen democrático», añade el padre Tucci.

Ahí están —añado yo— para demostrarlo: el mensaje de Pío XII en la Navidad de 1944; la *Pacem in Terris*, de Juan XXIII; el discurso de Pablo VI a las Semanas Sociales de Francia de 1964; y, ahora, el Concilio Vaticano II.

La Iglesia, como es obvio, no pretende arropar en exclusiva ninguna forma democrática particular, ni de las inventadas hasta ahora, ni de las por inventar en el futuro. Lo que sí intenta es que «el hombre lejos de ser el objeto de la vida social, y un elemento pasivo en ella, sea el sujeto activo y el fundamento y fin de la misma», como propugna el Concilio.

Pide, eso sí, colaboración de todos; y que las decisiones importantes de la vida de un país no se tomen sin contar con el ciudadano, sino que pueda siempre «manifestar su propio parecer sobre los deberes y sacrificios que se le imponen» (Pío XII). Porque, en este régimen preferido por la Iglesia, no se puede «estar obligado a obedecer, sin haber sido escuchado» (idem).

La base podemos encontrarla, mejor que en los católicos moderados de hoy, en teólogos clásicos —de hace cuatro siglos—, como Pedro de Soto, O. P., que sostenía: «Sea cualquiera que sea la forma de elegir a los Príncipes, siempre será cierto que su autoridad depende de la elección y voluntad de los súbditos que rige y gobierna, y que no tiene mayor poder que el conferido por ellos, y el que ellos puedan darle».

Es más, como pretendía el Papa Pacelli, «es necesario formar una opinión pública que, sin buscar el escándalo, señale con franqueza y valor las personas y las circunstancias que no se conforman con las leyes e instituciones justas, o que deslealmente ocultan la realidad» (discurso 1 de mayo de 1955).

Sin estos sanos controles no hay sociedad normal. Pensemos que uno de los peligros más grandes es aquél, privativo de muchos países (aunque a veces se realice habitualmente), que condenó el Papa Pacelli: la esclavitud propia del hombre civilizado que vive, o ha vivido, en nuestras sociedades modernas, y bien sea «que esta esclavitud provenga del predominio del capital privado, o del poder del Estado, resulta ser lo mismo en cuanto a sus efectos» (Navidad, 1942). En 1947 añadió a esto algo de enorme importancia: «El estigma, que nuestra época lleva estampado en su frente, y que es la causa de la disgregación y decadencia, es la tendencia cada vez más clara a la insinceridad. Falta de veracidad que sólo es un recurso ocasional, o un procedimiento para salir de momento de imprevistas dificultades...». Y sigue más adelante diciendo: «Aparece ella hoy casi elevada a sistema, realzada a categoría de estrategia en que la mentira, la deformación de las palabras y de los hechos, el engaño se han convertido en clásicas armas ofensivas que algunos esgrimen con maestría, orgullosos de su habilidad, y hasta tal punto es parte integrante de la técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de acomodarla al servicio de su política, el olvido de todo sentido moral, que están resueltos a triunfar a toda costa».

SIGUE

Por eso «es necesario que en todas partes se renuncie a crear artificialmente una opinión pública con el poder del dinero, de una arbitraria censura, de juicios unilaterales y de afirmaciones falsas» (Pío XII. Navidad, 1945).

Muchos males y abusos se evitarían, además, si todo Estado que se preciese de justo, o de católico, tomase en serio «el principio según el cual el Estado, sus funcionarios y las organizaciones de él dependientes están obligados a reparar y revocar las medidas que ofendan a la libertad, a la propiedad, al honor, al mejoramiento y a la vida de los ciudadanos» (Pío XII).

PROPUGNAMOS también la superación de las clases sociales, último vestigio de las antiguas castas, cerradas en sus privilegios. Creemos que siempre habrá grupos sociales diversos; pero la nivelación económica y el control social de los medios de producción evitarán en el futuro la persistencia de estas diferencias que el dinero o la herencia fomentan excesivamente. Debemos saludar con alegría el hecho —como hizo el Papa Pacelli— de que «las distancias entre las clases sociales se han atenuado».

Yo me siento unido a quien —con cultura o sin ella— vive mis mismas inquietudes humanas; y sobre todo a quien quiere fundar una sociedad futura donde el trabajo sea la única base de la justicia social y no las fortuitas circunstancias de una vida de privilegio o de poder.

Digo como Etienne Borne: «Las filosofías socialistas —se refiere a las materialistas— afirman que el trabajo es una vocación universal. También, y con tanto vigor, lo afirmamos nosotros, añadiendo solamente que el trabajo no es la única razón de vivir... (porque) el trabajo tiene un fin que le es exterior: la utilidad de crear y de renovar sin cesar».

Creo que no hay libertad verdadera, sin liberación, como dice el Concilio (Iglesia y mundo, núm. 41); pero liberación tanto de la extrema necesidad en que la mayoría de la humanidad vive, como, por el otro extremo, liberación de una vida demasiado fácil, por excesivamente egoísta, sin mirar a quien carece de casi todo, como ocurre en países tales como Alemania, Suiza y Suécia, cada vez más materializados y encerrados en su egotismo.

Como pienso también que no puede haber orden verdadero en el mundo actual, si éste se consigue por violencia física o psicológica; ni justicia auténtica, sin real independencia del poder judicial.

Pedimos, sí, una ordenación profesional en los países de nuestro mundo actual, y en todos los planos de la vida estudiante, obrera, etc; como ya se anuncia, o se pide, en algunos periódicos. Pero opinamos que no debía haber más ensayos de corporaciones profesionales poco democráticas. Con los principales especialistas que estudiaron la Encíclica *Quadragesimo Anno* —como Calvez, S. J., monseñor Guerry, y los padres Guissard y Villain— pensamos que «Pío XI acoge con expresas reservas el monopolio sindical que instaura el corporativismo fascista y no se olvida de reivindicar con gran calor, para los trabajadores, la facultad de asociarse libremente en relación con las finalidades que ellos mismos se asignen» (padre Müller, S. J. Notas de Economía política). No es extraño entonces que una revista especializada haya hecho notar la existencia de una posible contradicción de interpretación histórica en este punto, en un documento recientemente publicado.

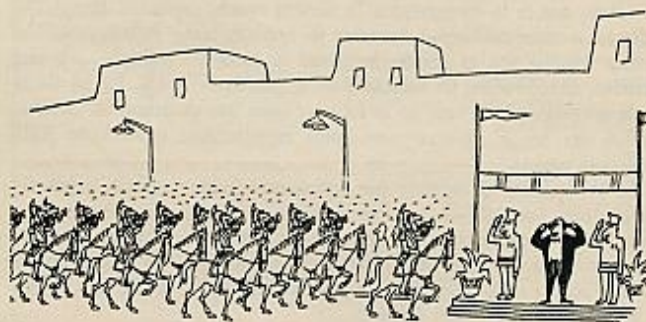
La Iglesia universal —contra lo que algunos piensan— ampara y protege no sólo a la extrema-derecha, como hizo en otros tiempos, sino que hoy muestra una inclinación decidida a las posturas de izquierdas. No por oportunismo, sino por amor a los hombres de hoy.

Cuando visité en Roma al teólogo del Patriarca Máximos IV, Elias Nijmé, en noviembre de 1965, me preguntó: «¿Es usted un intelectual de izquierdas o de derechas?». Y yo, con un poco de timidez porque desconocía su reacción, le contesté: «Yo más bien me podría clasificar como de izquierdas». Y él me replicó: «Entonces podemos hablar, porque la Iglesia necesita hombres que piensen abiertamente en todos los órdenes».

Somos nosotros, los seglares católicos —cada vez más numerosos— que hemos hecho una opción de izquierdas en la vida —no específicamente política, sino humana y cultural—, los que en la modestia de nuestra aportación impulsamos a la Iglesia a mostrar —aunque sea en germen— una nueva faz dinámica, abierta, desprendida y sin humanas apoyaturas.

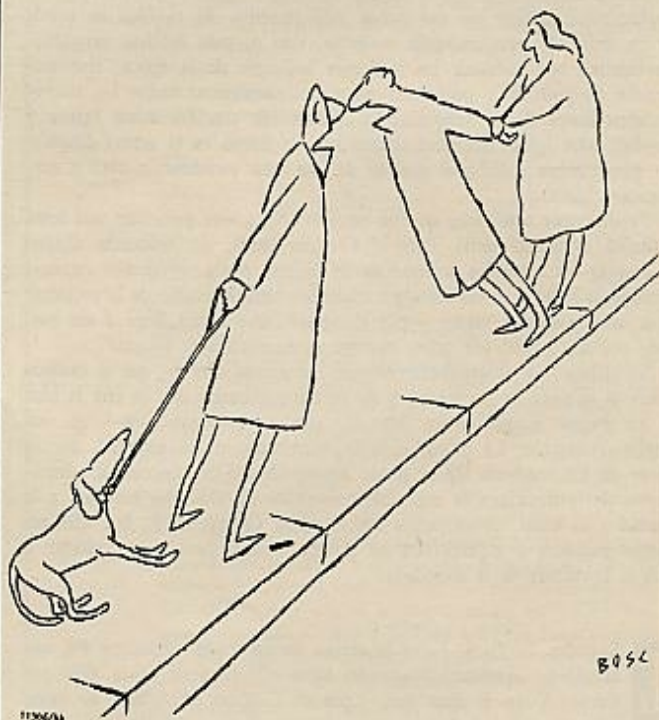
Y nadie podrá decir que la Iglesia se opone a ello; ahí están los textos que cito para demostrarlo.

E. M. M.



BOSC

11/10/64



BOSC

11/10/64



BOSC